ESPACIOS RURALES Y REPRESENTACIONES DE GÊNERO: LAS BASES MATERIALES DE LA VIOLENCIA SIMBÓLICA CONTRA LAS MUJERES RURALES GALLEGAS (ESPAÑA) Y NORDESTINAS (BRASIL)

Rural spaces and gender representations: the material bases of symbolic violence against rural women in Galicia (Spain) and the Northeast (Brazil)

Espaços rurais e representações de gênero: as bases materiais da violência simbólica contra a mulher rural na Galiza (Espanha) e no Nordeste (Brasil)

Maria Franco-Garcia
Universidade Federal da Paraíba
Mmartillo@Gmail.Com

Xose Manuel Santos Solla,
USC, Santiago de
Compostela, Espanha
xosemanuel.santos@usc.es

Laura Pallarés Ameneiro,
Uni-CV, Praia, Cabo Verde
laurameneiro@gmail.com

Resumen: Este artículo analiza la relación existente entre el espacio rural y las representaciones sociales de género. Concretamente, nos interesa entender cómo la dimensión simbólica de dos formas de violencia concretas, la violencia patriarcal y/o de género y la discriminación urbana de lo rural, condicionan la representación social que las mujeres agricultoras tienen de ellas mismas y de la ruralidad. El método cualitativo de investigación es la base del estudio y la entrevista en profundidad, la principal técnica. Las áreas seleccionadas han sido Galicia, en el norte de España y Paraíba, en el noreste de Brasil. Analizamos, las prácticas cotidianas de las agricultoras e identificamos las representaciones sociales que los colectivos de mujeres agricultoras tienen sobre el mundo rural y la presencia de la mujer en él. Los resultados alcanzados nos permiten afirmar que la dimensión simbólica de las diferentes formas de violencia de género y de violencia territorial, que acompañan la historia de vida de estas mujeres, condicionan la construcción de sus representaciones sobre el rural y sobre ellas mismas. Sin embargo, la presencia siempre renovada de mujeres en espacios productivos apunta para una constante re-significación femenina del mundo rural.

Espacio rural, mujeres, violencia

Abstract:

This article analyses the relationship between rural space and social representations of gender. Specifically, we are interested in understanding how the symbolic dimension of two specific forms of violence, patriarchal and/or gender-based violence and urban discrimination of the rural, condition the social representation that women farmers have of themselves and of rurality. The qualitative research method is the basis of the study and the in-depth interview is the main technique. The areas selected were Galicia, in the north of Spain, and Paraíba, in the north-east of Brazil. We analysed the daily practices of women farmers and identified the social representations that women farmers' collectives have about the rural world and the presence of women in it. The results allow us to affirm that the symbolic dimension of the different forms of gender violence and territorial violence, which accompany the life history of these women, condition the construction of their representations of the rural world and of themselves. However, the ever-renewed presence of women in productive spaces points to a constant feminine re-signification of the rural world.

Keywords: Rural space, women, violence

Resumo:

Este artigo analisa a relação entre o espaço rural e as representações sociais de gênero. Especificamente, estamos interessados em entender como a dimensão simbólica de duas formas específicas de violência, a violência patriarcal e/ou baseada no gênero e a discriminação urbana do campo, condicionam a representação social que as mulheres agricultoras têm de si mesmas e da ruralidade. O método de pesquisa qualitativa é a base do estudo e a entrevista em profundidade é a técnica principal. As áreas selecionadas foram a Galiza, no norte da Espanha, e a Paraíba, no nordeste do Brasil. Analisamos as práticas diárias das mulheres agricultoras e identificamos as representações sociais que os coletivos de mulheres agricultoras têm sobre o mundo rural e a presença de mulheres nele. Os resultados nos permitem afirmar que a dimensão simbólica das diferentes formas de violência de gênero e violência territorial, que acompanham a história de vida dessas mulheres, condicionam a construção de suas representações do mundo rural e de si mesmas. Entretanto, a presença sempre renovada das mulheres nos espaços produtivos aponta para uma constante ressignificação feminina do mundo rural.

Palavras-chave: Espaço rural, mulheres, violência

Introducción

Las mujeres rurales del mundo globalizado y pandémico[1] del siglo XXI, arrastran una história de continuada discriminación, no sólo como mujeres, sino también por la marginación que la mirada urbana, forzadamente universalista, ha impuesto sobre el mundo rural.

A pesar de la escasa consideración social de estas mujeres y la supuesta complementariedad de su trabajo en actividades agrícolas y ganaderas (SILIPRANDI, 2017; MIES, 2020; PINI; LITTLE, 2006, 2015, 2017) ellas han estado y continuando estando presentes en la producción, sin haber dejado de ser hijas, madres, esposas, vecinas, comadres, *rezadeiras, curandeiras* y/o activistas como presentamos en este análisis.

Son varias las autoras y autores (CLOKE, 2006; MARTÍNEZ-GARCÍA; CAMARERO, 2015; FERREIRA; MATTOS, 2017; AHMED, 2019) que han evidenciado, a lo largo y ancho del planeta, que en el rural, la supuesta separación de esferas, productiva y reproductiva, no es tal, puesto que el ámbito de lo doméstico se amplía interminablemente para las mujeres que lo habitan. Al inevitable tiempo de trabajo y de vida, que las actividades productivas en una explotación agrícola y/o ganadera demandan, se les une una extensa jornada de tareas cotidianas, asumidas básicamente por ellas. Tareas que permiten, entre otras cosas, el sustento familiar, como es la huerta; la cría de aves y pequeños animales; la recolección de frutas destinadas al consumo familiar; la preparación, conservación y almacenamiento de alimentos y; el acopio y preservación de semillas, entre otras.

[1] Este estudio desarrollado en el período comprendido entre los meses de marzo de 2020 a enero de 2021, en plena pandemia de COVID - 19. El contacto entre Brasil y España se realizó por medio de video-llamadas on-line.

Si las distintas experiencias de mujeres rurales en el mundo tienen trazos comunes relativos a la doble discriminación territorial[2] y de género, también su permanencia como mujeres y agricultoras es una marca común en este mundo global. Las estrategias de resistencia y/o de contestación de mujeres rurales en las diversas latitudes del planeta, nos muestran caminos de re-significación femenina del mundo rural. Algunas de esas estrategias han sido, entre otras, la participación en colectivos de mujeres, o mixtos, donde la centralidad es la vida en el campo.

Este artículo se centra en la mujer rural y se organiza a través de dos conceptos: la violencia, entendida más allá de del caracter físico al que nos remite el término y la ruralidad, como forma socio-cultural de marginación territorial. La combinación de ambos tiene unas consecuencias particulares que se manifiestan en una doble discriminación hacia la mujer que se agrava en la medida en la que el pensamiento urbano dominante estereotipa y naturaliza el rural, a partir de una organización social tradicional en la que el patriarcado es una práctica consustancial a estos ámbitos territoriales.

En este doble contexto, el social del género y el territorial del mundo rural, nuestro objetivo se centra en analizar la representación que de ellas mismas tienen las mujeres rurales en dos ámbitos geográficos diferentes: el semiárido brasileño y el noroeste de la península Ibérica. A partir de estas representaciones, que incluyen sus interpretaciones sobre la violencia, la desigualdad o la ruralidad, nos interesa entender las respuestas colectivas que buscan su empoderamiento frente a las situaciones descritas. El trabajo se sitúa

[2] Nos referimos a la discriminación que los espacios rurales sufren en relación a la urbana de desarrollo y progreso.

dentro de la geografía de género/feminista y la geografía rural/agraria y en las aportaciones de los estudios sociales críticos, de abordaje cultural. Esta opción teórico-metodológica permite establecer una relación directa entre la construcción social de la violencia simbólica (contra las mujeres y/o contra el rural) y el territorio.

Los espacios rurales que hemos seleccionado, en base a criterios de ruralidad y presencia de colectivos de mujeres agricultoras organizados, se localizan en el municipio de San Sadurniño en Galicia, región del noroeste (NO) de España y en el Cariri Oriental Paraibano, correspondiente al semiárido sertanejo, en el noreste (NE) de Brasil. En el caso gallego, las mujeres agricultoras han encontrado en la virtualidad de la red la posibilidad de dar visibilidad a sus vidas, de reconocerse públicamente como mujeres rurales, de celebrar esa condición y de querer compartir sus saberes ancestrales y experiencias personales, con el mundo. Son las *Youtubeiras* de San Sadurniño que, a partir de una experiencia de inclusión tecnológica de mujeres agricultoras promovida por el poder público local[3], crearon su propio canal de Youtube[4]. En él comparten, al tiempo que difunden, sus conocimientos sobre del trabajo en el campo, específicamente, el realizado en sus huertas.

En el NE de Brasil, en el estado de Paraíba, el Colectivo ASA Cariri Oriental (CASACO/Cariri-Oriental) es una asociación de campesinos y campesinas, vinculada a una gran red de organizaciones rurales en todo el país (más de 3.000), que se organizan bajo el nombre de Articulação Semiárido Brasileiro (ASA-Brasil). Se trata de una

[3] La red de Centros para la Modernización e Inclusión Tecnológica, CeMIT, de la *Xunta de Galicia* (Gobierno Regional) promueve la alfabetización digital y la inclusión tecnológica en diferentes ayuntamientos del territorio gallego.
[4] Disponible en:<https://youtu.be/JF4hGppOEa0>

articulación de sindicatos rurales, asociaciones, cooperativas y Organizaciones No Gubernamentales (ONGs) que actúan en la región semiárida[5] y que tienen como proyecto político, desde 1989, la convivencia con el medio rural semiárido en el camino opuesto del paradigma de desarrollo rural del "combate" a la semi-aridez[6].

Muchas de las mujeres del CASACO/Cariri-Oriental concilian sus vidas como campesinas y agricultoras con actividades estacionales no agrícolas y remuneradas, tanto en sus lugares de residencia como en zonas urbanas próximas. La participación de las mujeres en este colectivo parte de la necesidad de conquistar el derecho de permanecer en la tierra como agricultoras.

Ambos ejemplos, en contextos sociales y territoriales muy diferentes, ponen de relieve aspectos de la vida en espacios rurales: el protagonismo de las mujeres en la agricultura y ganadería de base familiar; la diferencia positiva de la gestión/manejo femenino del espacio rural, y la construcción y preservación, a partir de la mirada diferencial de las mujeres, de saberes agrícolas y sus prácticas. Al mismo tiempo, As *Youtubeiras* y el CASACO/Cariri-Oriental son espacios colectivos femeninos donde las múltiples formas de violencia contra las mujeres y sus representaciones se verbalizan y comparten, reforzando la conciencia contra el patriarcado y, por lo tanto también, su combate.

---

[5] El semiárido brasileiro es una región que se extiende por el Nordeste y Sudeste de Brasil, concretamente en áreas interiores de los estados de Bahía, Sergipe, Alagoas, Pernambuco, Paraíba, Rio Grande del Norte, Ceará, Piauí, Maranhão y en el norte de Minas Gerais y Espirito Santo.

[6] Las mujeres que hoy forman parte del CASACO conocieron en 2003 la ASA y su lectura sobe el Semiárido. En 2008, fue creada la "Associação de Lideranças e Organizações de Agriculturas/es Familiares do Cariri Paraibano", conocida popularmente como CASACO, enfocada para la convivencia del Semiárido y la agroecologia.

Las formas de violencia, objeto de este estudio, son prácticas materiales y simbólicas, que conducen a la doble discriminación, no la única, a la que estas mujeres están expuestas: la de género y la territorial. A través del análisis de cómo se ha construido la relación ruralidad-feminidad, y su imaginario social, en los dos territorios pretendemos evidenciar esa doble discriminación que se manifiesta a través de la violencia simbólica que impregna el cotidiano de las mujeres agricultoras y ganaderas, contribuyendo además a la apropiación física y mental del rural.

Marco teórico

La mirada urbana sobre el rural ha servido para acentuar la marginación de estos espacios y su apropiación real y simbólica por parte de la ciudad. Además, ha contribuido para dejar en una situación de gran vulnerabilidad a las mujeres, afectadas por un doble problema derivado de la ruralidad y del patriarcado.

Para establecer puentes entre la violencia, la ruralidad y el género, partimos del debate contemporáneo sobre la violencia y las múltiples formas sociológicas y filosóficas de conceptuarla. Galtung es tal vez uno de los autores contemporáneos que más ha profundizado en el concepto de violencia, con un texto inicial de 1969 y varias reinterpretaciones posteriores. El principio del que parte señala que la violencia representa una privación de los derechos humanos fundamentales. En 1990 Galtung desarrolla la idea de violencia cultural que se suma y complementa a las violencias directa y estructural. Por violencia cultural entiende "aqueles aspectos da cultura, a esfera simbólica de nossa existência... que podem ser utilizados para justificar

ou legitimar a violência direta ou estrutural"[7] (GALTUNG, 1990, p. 291). Se trata pues, como insiste el autor, de aspectos de la cultura y no de la cultura en sí misma. Esta lectura enlaza directamente con la violencia simbólica de Bourdieu (1977) a la que nos referiremos más adelante. Por lo tanto, la violencia no implica exclusivamente el uso físico de la fuerza. Siguiendo a Galtung (1990), estos tres tipos de violencia quedarían expresados en un triángulo vicioso en el que la violencia cultural legitimaría a las otras, al igual que la violencia directa sería una consecuencia de las otras dos. Además, la persistencia de estas violencias en el tiempo se justificaría por la lentitud con la que se producen los cambios culturales (GALTUNG, 1990).

Relacionado con este sentido de la violencia, está la opresión que para Young, (2000) es causa y condición social de la injusticia. Se trata, en términos generales, del ejercicio de la tiranía por un grupo dominante. Específicamente, es una injusticia perpetrada a un grupo, entendido como un conjunto de personas que comparten una identidad, en este caso la de las mujeres rurales. La opresión estaría presente en las normas, en los hábitos y en los símbolos que comparte esta colectividad. Las reglas sociales se convierten para el grupo oprimido en una estructura restrictiva de fuerzas y barreras que lo inmovilizan y reducen. La opresión no es una injusticia a una persona o grupo ocasional, sino que presupone un carácter social. Es una vejación estructural, cuando personas reducen el potencial de otras a ser plenamente humanas, por ejemplo: negar a las mujeres rurales el acceso a una educación plena, continuada en el tiempo y de libre

[7] Texto original: "those aspects of culture, the symbolic sphere of our existence…that can be used to justify or legitimize direct or structural violence"

elección, bien como a otras oportunidades de crecimiento personal.

Young (1990), diferencia cinco formas con las que la opresión puede expresarse: la explotación, la marginación, la carencia de poder, el imperialismo cultural y la violencia. Esta última es la forma más visible de opresión, ya que nos remite a toda y cualquier acción que implica acoso, intimidación, humillación, estigmatización a los miembros de determinado grupo. Concomitantemente, toda acción concreta que parte de un opresor-dominador, detiene una dimensión simbólica que construye inter-generacionalmente la amalgama necesaria para perpetuar las diversas injusticias que configuran el mundo social, entre ellas las inequidades de género y las discriminaciones territoriales, de las que nos ocupamos en este artículo. Y uno de los actores que participan de la opresión pueden ser las instituciones.

La violencia institucional se refiere a aquellas actuaciones que parten de los poderes del Estado y que, por acción u omisión, impiden el ejercicio pleno de los derechos en igualdad de condiciones. Relacionado directamente con la idea de violencia institucional está el concepto de violencia simbólica desarrollado por Bourdieu (1977). En ella, el Estado tiene un protagonismo principal (BURAWOY, 2012). Según Bourdieu (1980), a través de la violencia, de una manera invisible, se estaría legitimando y aceptando la dominación que se ve como algo natural y no arbitrario (SWARTZ, 2013). Es, por lo tanto, una violencia soft (BOURDIEU, 1980), de carácter estructural y duradera, que implica una autoaceptación, normalmente inconsciente, de la situación y, en consecuencia, el reconocimiento del poder que tienen los dominantes. En su lectura feminista de Bourdieu, Moi (1991) señala

que "la violencia simbólica es legítima y, por lo tanto, literalmente irreconocible como violencia" (p.34). Este tipo de violencia es ejercida por quien detenta el poder simbólico, es decir quién posee el capital simbólico (MOI, 1991). Ya Moukarbel (2009) señalaba que la violencia simbólica puede ser tanto o más peligrosa que otras formas más visibles de violencia, además de ser más duradera en el tiempo.

Si aceptamos que desde el punto de vista geográfico la ciudad es la detentadora del capital simbólico, entenderemos el poder emanado desde el ámbito urbano. El espacio como producto social es considerado por el propio Bourdieu (1980) quien afirma que en el espacio se reflejan las realidades sociales, de tal manera que en ambos casos se expresan las jerarquías (BOURDIEU, 1998), que no siempre son fácilmente visibles al naturalizarse y aparecer objetivadas. El espacio se convierte, así, en una herramienta más del poder para reproducirse y legitimarse. Es en ese espacio en donde se ejerce la violencia simbólica (BOURDIEU, 1998).

El espacio no es, por lo tanto, un simple escenario donde tienen lugar las relaciones sociales. Al contrario, está cargado de identidad y significado. En términos espaciales, si la ciudad, en general, aparece como dominante, el rural, también en general, es un espacio dominado y, por lo tanto, receptor de violencia simbólica. Son muchos los estudios, informes y proyectos de investigación que evidencian, por ejemplo, el mayor riesgo al que se enfrentan las áreas rurales en cuanto a pobreza y exclusión social, donde la mujer aparece como uno de los grupos más vulnerables, como el estudio de la Comisión Europea de 2008, el Briefing del Parlamento Europeo de 2017, los proyectos de investigación financiados por la Unión Europea (EU), como *Territorial Dimension of Poverty and social Exclusion in Europa* TIPSE (2012) y

Selective Migration and Unbalanced Sex Ratio in Rural Regions - SEMIGRA (2013). En todo caso, discriminación, pobreza o exclusión social son argumentos para entender la violencia en espacios rurales, en sus diferentes formas.

Kasabov (2020, p.143), aunque centrado en el mundo anglo-sajón, identifica 5 momentos de aumento de la violencia que culminan en la actualidad "marcado por circunscripciones rurales siendo secuestrado por fuerzas populistas"[8]. Kasabov (2020, p.46) habla de "asaltos al campo" y del dominio que se ejerce sobre el mismo por parte de las élites urbano-metropolitanas que ha conducido a posiciones conservadoras, proteccionistas y nacionalistas, refiriéndose a la violencia del neoliberalismo contra el rural que ha provocado un espectacular incremento de las desigualdades. Los 5 momentos pasan por "ser ignorado, silenciado, caricaturizado, ridiculizado, condescendiente o secuestrado"[9] (KASABOV, 2020, p.148), todo ello en un discurso binario de oposición entre lo rural y lo urbano en el que este último domina jerárquicamente. Frente a este escenario, lo que se propone es la resistencia y el desafío a estos discursos en los que predominan los estereotipos negativos. En una línea similar, Juska, Poviliunas y Pozzuto (2005), al analizar el paso del rural lituano desde el socialismo al capitalismo neoliberal, advierten un discurso anti-rural en el que la población rural y sus estereotipos aparecen como inferiores, si bien tuvo como consecuencia estimular "que los aldeanos se perciban a sí mismos como una unidad social"[10] (p. 14). Shucksmith (2012, p.384) en sus estudios sobre pobreza rural y exclusión social,

[8] Texto original:"(...)marked by rural constituencies being hijacked by populist forces."
[9] Texto original:"(…)being ignored, silenced, caricatured, ridiculed, patronised, or hijacked"
[10] Texto origin: "(…)the villagers to perceive themselves as a social unit"

señala que "la desigualdad existe entre lugares, al igual que entre clases"[11], reconstruyendo el concepto de clase en línea con los argumentos de Bourdieu (1980; 1998). El propio Shucksmith (2012) afirma que el lugar está inexorablemente unido a la clase, el poder y la desigualdad. La construcción de la ruralidad no sería más que un vehículo para el aumento de la desigualdad en la que el rural, como espacio dominado, no deja de ser un ámbito que sufre la violencia simbólica. La ruralidad se construye no como un reflejo de si misma sino en su comparación con otro espacio, en este caso el urbano.

Desde una perspectiva bourdeliana, Conway, McDonagh, Farrell y Kinsella (2017), enfocan la ruralidad desde uno de sus símbolos más perdurables, la familia agrícola y el proceso de transmisión hereditaria en el que poder y violencia simbólica están profundamente arraigados, son naturalizados y sirven para transmitir y perpetuar la jerarquía existente. Saugeres (2002, p.382) señala que "Una mujer que hereda una granja y cultiva por su cuenta es representada entonces como si sólo lo hiciera porque le falta un hermano o un marido o porque le falta feminidad"[12] . Aunque Conway et al. (2017) no incorporan la visión de género a su investigación, se infiere fácilmente, que conservar el estatus quo en la jerarquía supone la aplicación de prácticas que implican la discriminación de la mujer. Esta última perspectiva centra el foco del trabajo de Shortall, McKee y Sutherland (2019), que van más lejos de la exclusión estructural de la mujer en la agricultura, al acudir a la teoría

[11] Texto original: "Inequality exists between places, just as between classes"

[12] Texto original: "A woman who inherits a farm and farms on her own is then represented as only doing so because she lacks a brother or a husband or because she lacks femininity"

de la cierre ocupacional para explicar las desigualdades a las que se enfrenta la mujer en la agricultura.

Para Saugeres (2002, p.381) es la ideología patriarcal la que excluye y marginaliza a las mujeres en las familias agricultoras, en la medida en la que "La tierra y la agricultura se construyen como esferas de actividad esencialmente masculinas"[13]. En otras palabras, la naturaleza (asociada a la mujer) es dominada por el hombre a través de la agricultura. El patriarcado y una de sus consecuencias, la violencia contra las mujeres, es un problema estructural que afecta a todo tipo de espacios y clases sociales. Desde la perspectiva espacial, habría que plantear la cuestión de una doble incidencia de las violencias. Por un lado, está aquella que, directa o simbólica, está enraizada en la cultura del patriarcado. Por otro lado, nos encontramos con la violencia simbólica que las élites urbanas ejercen contra el rural y que se basa en una cultura que afirma el control urbano en términos de capital económico, cultural y simbólico. Retomando a Bourdieu (1998), la superioridad cultural de los grupos dominantes es aceptada como un atributo innato por parte de los grupos dominados (BOROWAY, 2012). La infradotación de servicios públicos y privados o el mayor aislamiento físico refuerzan las distintas formas de violencia que, además, se naturalizan bajo el discurso de la sociedad tradicional.

En los casos gallego y paraibano, la doble discriminación que las mujeres rurales enfrentan está relacionada, por un lado, al hecho de ser agricultoras-ganaderas y campesinas en sociedades industrializadas y urbanas, por otro, el ser mujeres en sociedades patriarcales-sexistas. La dominación cultural de lo urbano-industrial gesta representaciones

[13] Texto original: "(…):"land and farming are constructed as essencially masculine spheres of activity"

sociales que asocian a las mujeres rurales con el atraso, la falta de formación y cultura, con la ausencia de feminidad, con el conservadurismo de las tradiciones y la moral retrógrada. La dominación cultural que el patriarcalismo impone sobre la mujer implica estar condicionadas por relaciones familiares, sociales e institucionales desiguales y jerárquicas, donde la opresión femenina es naturalizada.

Metodologia

La metodologia utilizada ha sido de base cualitativa, centrada en dos casos para el estudio comparativo: el grupo de mujeres, agricultoras y *Youtubeiras* del colectivo "Teño unha horta en San Sadurniño" en Galicia, España y el grupo de mujeres, campesinas y miembros de la "Asociación de líderes comunitários, organizaciones de agricultores y agricultoras familiares del Cariri Paraibano" - CASACO, en el interior del estado de Paraíba, Brasil.

La técnica utilizada ha sido la entrevista en profundidad, realizada online, con guiones semi-estructurados entorno a tres ejes principales: a) las representaciones femeninas de la ruralidad gallega y paraibana; b) las experiencias cotidianas, en el ámbito productivo y reproductivo, de las mujeres agricultoras y; c) las representaciones de lo feminino en el mundo rural galego y paraibano.

En total, realizamos ocho entrevistas con registro auditivo y/o audiovisual de, más o menos, dos horas de duración cada una. Cuatro de las entrevistas fueron realizadas con agricultoras gallegas, en galego y español indistintamente, y otras cuatro las realizamos en portugués con las campesinas brasileñas. Las edades de las entrevistadas son muy diferentes y oscilan entre los 35 y los 75 años. Todas ellas estaban solas en el momento de la entrevista, salvo en momentos excepcionales en

los que otras personas se hicieron presentes para ayudar con el manejo de la tecnología.

En el caso gallego, todas las entrevistadas son mujeres de más de 65 años, con predominancia de mujeres casadas, con hijos adultos ya criados y fuera de la residencia parental que no se han dedicado a las labores agrarias. Son jubiladas rurales, lo que implica la existencia de una renta mensual adquirida por el trabajo agrícola y/o ganadero realizado durante el tiempo de "vida productiva" pasado. Son mujeres que se han dedicado siempre a la agricultura, aunque de forma diferente en función de las diversas etapas de su ciclo de vida: como hijas, esposas y madres.

En la actualidad, su labor se centra en el cuidado de sus huertas así como en la atención de la casa y de familiares dependientes. Las une el saber hacer de años de experiencias personales en prácticas agrícolas para el autoconsumo familiar. Son además la memoria viva de saberes ancestrales sobre el manejo del espacio rural gallego y las portadoras de un conocimiento único, que es la gestión femenina de los recursos y el espacio. La visibilidad del grupo, dada por su participación en el proyecto "Tengo una huerta en San Sadurniño", representa para estas mujeres el reconocimiento público de sus saberes y prácticas como trabajadoras rurales, pero sobre todo como mujeres del campo.

En Paraíba, la edad de las agricultoras es menor, aunque, en este caso, tienen a su cargo hijos dependientes. Son mujeres agricultoras con vidas laborales activas, con largas jornadas de trabajo en el espacio rural, tanto en actividades remuneradas no vinculadas a la agricultura, como la docencia o el servicio doméstico como el trabajo directo en la tierra y en sus huertas. La prevalencia es de mujeres solteras, aunque

con compañeros sentimentales, no necesariamente padres de sus hijos. La primacía de familias monoparentales a cargo de estas mujeres hace que las responsabilidades reprodutivas recaigan, fundamentalmente, sobre ellas. Por eso, la posibilidad de contar con una huerta que garantice el acceso a la producción agrícola para el autoconsumo familiar y la venta de excedente es una de sus prioridades. La participación en la asociación de agricultoras CASACO facilita la venta de esos excedentes en mercados libres y el fortalecimiento del grupo en la lucha por la conquista de un derecho fundamental: una vida digna y plena como mujeres rurales.

Para el análisis de las entrevistas nos fundamentamos en Seid (2016) que establece como pautas: transcripción, codificación, formulación de hipótesis, análisis temático/análisis por caso y síntesis. En la fase de la transcripción, registramos literalmente los testimonios de las mujeres que participaron de esta investigación, siguiendo la segmentación en ejes temáticos en los que habíamos estructurado el guión de las entrevista. En la fase de la codificación, optamos por la identificación de indicadores de violencia simbólica presentes en las narrativas ya transcritas y la creación de categorías. Inicialmente identificamos 14 indicadores, que sintetizamos finalmente en cinco macro-indicadores, con base en Young (2000): a) desigualdad/desvalorización; b) opresión/control; c) marginación/invisibilización; d) exclusión y: e) violencia física (agresión corporal). Estos han sido utilizados como conceptos centrales para la formulación de ideas, el análisis y la posterior síntesis de las ocho entrevistas realizadas.

En la tercera fase buscamos la relación lógica entre los indicadores, vinculamos las informaciones y formulamos hipótesis. Los

resultados de las fases de análisis temático y síntesis son presentados en el desarrollo del artículo. La Tabla 01 muestra la síntesis de la metodológica propuesta:

Tabla 01: Síntesis de indicadores y macro-indicadores de violencia simbólica contra las mujeres y el espacio rural

EJE 1 - Desigualdad/ Discriminación	EJE 2 - Opresión/ Dominación	EJE 3 - Marginación/ Invisibilización
Años de escolarización y acceso a la formación y/o cualificación profesional	Participación en tareas agrícolas/ganaderas	Estereotipos de género (positivos y negativos)
Edad de inicio en tareas remuneradas y no remuneradas	Participación en tareas domesticas/reproductivas	Formas de violencia contra las mujeres
División sexual del trabajo familiar	Auto-valorización del trabajo realizado	Auto-percepción
Relaciones afectivas y de parentesco	Renta generada y uso	***
Religiosidad, tiempo libre y participación social/política	***	***
Sexualidad y salud reproductiva	***	***

Fuente: Elaboración propia, 2021

Áreas de estudio: contextos agrarios en Galicia y Paraíba con presencia histórica de mujeres productoras rurales

Para este estudio se han seleccionado dos áreas de características bien diferentes. En primer lugar un pequeño municipio

representativo del mundo rural de Galicia. Como otros muchos de esta región del noroeste de España, se caracteriza por su envejecimiento poblacional derivado, en buena medida, de intensos procesos migratorios que se remontan al siglo XIX. Desde el punto de vista económico, la actividad, fundamentada tradicionalmente en la agricultura y ganadería de pequeños propietarios se ha ido marginalizando, limitándose casi en exclusiva a minúsculos huertos para consumo familiar. Por el contrario, la explotación forestal se ha convertido en uno de los ejes centrales de la economía del municipio.

En este contexto de despoblación y envejecimiento, la iniciativa *Teño unha horta en San Sadurniño*, nace en 2015, con el apoyo del municipio a partir de un curso de alfabetización digital. De ahí surge la iniciativa de un grupo de mujeres jubiladas que, en un mismo proyecto, van a exponer sus saberes tradicionales utilizando herramientas tecnológicas a las que eran ajenas. De esta forma, contribuyen a poner en valor no solo sus conocimientos sobre la tierra, adquiridos y heredados, sino que también, mediante una acción colectiva, van a crear un foro de empoderamiento como mujeres rurales.

En segundo lugar, hemos seleccionado una comunidad en el noreste de Brasil, zona de antigua colonización europea tradicionalmente asociada a grandes propiedades agroexportadoras y ganaderas en el semiárido sertanejo. Sin embargo y a pesar de la intensa emigración, con ellas pervive un pequeño campesinado cuyos cultivos se realizan tanto dentro de las grandes propiedades, en áreas destinadas al abastecimiento y consumo de las familias que trabajan y viven dentro de las explotaciones, como en zonas limítrofes y/o marginales.

Cordeiro y Scott (2007) sitúan el origen de la acción colectiva de las mujeres agricultoras y ganaderas del semiárido en los años 1980. En ese momento, la gran novedad del escenario político de la región fue la organización de pequeños grupos de mujeres que pasaron a reunirse y ganar fuerza delante de cuatro cuestiones fundamentales: a) su reconocimiento como trabajadoras agrícolas y ganaderas; b) la lucha por el derecho a tierra de trabajo y a una politica nacional de reforma agraria que rompiese con la concentración de capital y poder en el mundo rural; c) la garantia de derechos laborales en el campo y del acceso a los beneficios de la Seguridad Social, como jubilación rural, auxilios maternidad, etc y; d) la participación equitativa de las mujeres en formas de organización y representación rural como sindicatos, asociaciones, cooperativas, directorias y coordinaciones de movimientos sociales en el campo. Según los autores fue:

> a partir de finales de la década de 1980 que las luchas de las mujeres fueron por la regulación de los derechos conquistados y por la aplicación de políticas públicas direccionadas a la promoción de la igualdad de género (CORDEIRO SCOTT, 2007, p.420).

Las organizaciones rurales, mixtas o las formadas exclusivamente por mujeres, en la región semiárida del estado de Paraíba, a ejemplo del CASACO/Cariri Oriental, se originaron en ese momento y bajo los mismo condicionantes históricos: apertura democrática del país, garantía de derechos laborales, lucha por la redistribución de la tierra y demanda de justicia social y de género. Hoy, el CASACO/Cariri Oriental es una forma de movilizar y organizar el trabajo y la vida en el espacio rural a partir de las necesidades de las mujeres que en el viven. Desde su origen hasta la actualidad continúa representando una forma de ser y de estar en el campo en Brasil: como

mujeres y como agricultoras-ganaderas. Pero no sólo el reconocimiento del papel y protagonismo de las mujeres es el objetivo de este colectivo, sino que continúan presentes las demandas que dieron origen al grupo en la década de 1980, entre ellas: la conquista de cada vez más justicia de género en el semiárido y la erradicación de toda y cualquier forma de violencia contra la mujer rural y/o sertaneja.

Resultados: El mundo rural contado por ellas o las representaciones de femeninas de la ruralidad gallega y brasileira

Las entrevistas realizadas con las mujeres rurales en Galicia y Paraíba nos permiten, a partir de sus historias de vida, identificar como la ruralidad ha condicionado sus trayectorias personales y familiares. Al mismo tiempo, las entrevistas nos han permitido identificar como atribuciones propias de la formación histórico y cultural del mundo rural, tales como: el desarrollo de actividades productivas agrícolas y ganaderas; el uso de trabajo familiar; el autoconsumo y venta de excedentes; la preservación y el contacto con la naturaleza; la producción de saberes contextualizados con el medio físico-natural y/o; la dispersión demográfica y el aislamiento territorial, han ido modificándose en función de las transformaciones vividas por las mujeres.

La investigación nos muestra cómo la ruralidad se ha ido modificando en función de la presencia, y no del abandono, de mujeres rurales en los espacios productivos y reproductivos del campo brasileiro y gallego. Los resultados evidencian que en ocasiones las mujeres agricultoras, ganaderas y campesinas han contestado las representaciones de género heredadas y en otras ocasiones las han preservado.

- Relatos de la infancia rural en femenino

Para las mujeres agricultoras gallegas entrevistadas haber nacido en el espacio rural implicó, durante su infancia y adolescencia, un tiempo menor de escolarización en relación al que tuvieron acceso sus hermanos varones, primos u hombres de la comunidad rural. La asociación temprana del hombre con el espacio público y la mujer con el privado y/o doméstico hace que actividades y prácticas características de esa fase de la vida, como la propia escolarización, sean diferenciadas:

> *No meu caso aos homes dábase-lle mais escola porque parece ser que os homes tiñan que saír da casa e as mulleres con aprender a coser xa tiñan todo solucionado (…) eu con 12 anos non iba a escola xá* (Galician Woman 2-GW2, 2020)[14]

Dominar las tareas vinculadas al ámbito doméstico y del cuidado, seria suficiente para el pleno desarrollo de una mujer o lo que se esperaba de ella. De ahí la necesidad de dedicarse a esas actividades y no a otras, como su formación intelectual o profesional, en edad temprana. Del grupo entrevistado, apenas una de las mujeres tuvo la oportunidad de frecuentar la escuela y formarse durante más tiempo, aunque la justificativa para su permanencia está relacionada con la subestimación familiar de sus capacidades como mujer para realizar otras actividades:

> *Eu fun a que mais estudiei. Como me dician que non valia para nada, mandában-me à escola. Dicían-o todos: esa que non vale para nada que vaia para a escola* (Galician Woman 1-GW1, 2020)

Para las mujeres agricultoras del Cariri, haber nacido en el espacio rural no representó una discriminación de género en relación al

[14] La identificación de las entrevistadas se presenta en el texto en códigos alfanuméricos con el fin de preservar su anonimato.

tiempo de escolarización vivido. La diferencia con sus hermanos, u otros hombres de la familia, no se constata como una dimensión de la opresión femenina en el rural, ya que los hombres tampoco tuvieron acceso a una escolarización plena. Una de las mujeres entrevistadas relata:

> *Estudié por la mañana, iba a la escuela y por la tarde ayudaba con las tareas de casa. De los cinco hermanos sólo yo consegui acabar la enseñanza secundaria, ahí paré de estudiar* (Paraíba Woman 2-PM2, 2020)

En este caso, estamos delante de un condicionador social de clase, ya que son los hijos e hijas de las familias campesinas con bajas rentas los que no disfrutan de las garantías de una educación plena. Al mismo tiempo es un dispositivo de discriminación territorial, ya que generaciones de hombres y mujeres que viven en el campo han sido obligadas a desistir de estudiar o a interrumpir sus ciclos formativos por la inexistencia de instituciones educativas públicas en él. Durante la niñez y adolescencia da las mujeres entrevistadas en el Cariri, los roles de género estaban profundamente enraizados en las necesidades productivas de las extensas familias del semiárido nordestino. Las condiciones edafoclimáticas hacen que el trabajo en la tierra sea árduo y poco tecnificado. Por ello, son tradicionalmente los hombres de la casa, sobre los que recaen los atributos masculinizados de la fuerza y de la eficiencia, quienes se ven obligados a asumir desde niños las labores agrícolas. Aunque eso no significa que durante su niñez las mujeres campesinas de Paraíba no hayan participado de las tareas agrícolas y ganaderas en sus explotaciones. Lo han hecho, como muestran sus testimonios, siendo discriminadas en función de su género, a partir principalmente de: a) los usos del tiempo diferenciados, priorizando su presencia en los trabajos reproductivos sin apartarse de

los productivos y; b) la infravaloración del trabajo/actividad cuando este es realizado por mujeres, tipificándolo como fácil o leve, o bien como un complemento o ayuda. Como relatan algunas de las mujeres entrevistadas:

> *As mulleres tiñamos que facer a comida e fregar os cacharros, lavar, planchar e facer todo iso e eles iso non o facían. Nós ajudamos no traballo mais bruto, de ir ó campo, de arar, de esas cousas os homes* (Paraíba Woman 3-PW3, 2020)

La interrupción de la escolarización de las mujeres rurales en ambos espacios conllevó, entre otras cosas, a limitar las posibilidades de su formación profesional en la edad correspondiente. Si bien que, en el grupo de agricultoras del Cariri, existen mujeres que han retomado su proceso de formación en edad adulta, especialmente en cursos vinculados a la agricultura familiar y la agroecología. La aproximación entre esta forma de agricultura y las mujeres es un fenómeno cada vez más extendido por todo Brasil. En sus trabajos, Siliprandi (2015) y Ferreira y Matos (2017) han mostrado que la agroecología, además de ser un sistema de prácticas agrícolas, es una forma de resistencia al modelo de desarrollo rural basado en la expansión de las agro-empresas y en el uso indiscriminado de agrotóxicos en las explotaciones. La apuesta por otra forma de vivir y trabajar en el campo, donde se valorice la pequeña producción y el manejo sustentable de los recursos, es sin duda una apuesta política.

Además, la agroecología pautada en lo saberes locales del campesinado en el mundo, valoriza especialmente el conocimiento que portan las mujeres agricultoras, reconociéndolas como agentes importantes de las transformaciones rurales.

En el rural gallego observamos también una re-significación de los roles tradicionales de género protagonizada por el grupo de las

Youtubeiras de San Sadurniño. El retorno a procesos formativos, como la participación de un curso que las habilita para adquirir permiso de conducir vehículos. Esta conquista personal realizada en edad adulta ha supuesto la modificación de hábitos en sus vidas. Una de las agricultoras entrevistadas relata que:

> *Eu fun a primeira en ter o carnet e pensaba: Ufff! unha muller que teña o carnet! Senon hai nadie que o teña por aquí. Porque, como non había nadie que o tivera por aquí, a min xa me parecía que era cousa de homes* (Galician Woman 2-GW2, 2020)

La dependencia, especialmente, en relación a la falta de movilidad de las mujeres en espacios rurales, las hace más vulnerables. El hecho de crear autonomía para desplazarse, por ejemplo en un vehículo propio, implica romper con el aislamiento territorial al que muchas mujeres están sujetas en el espacio rural. La posibilidad de ampliar la escala territorial de interacciones representa otra ruptura, la del aislamiento social que la casa, la explotación y/o la aldea o comunidad imponen a muchas agricultoras.

- *Trabajar en el rural en femenino*

Las entrevistas nos muestran como en ambos espacios la prioridad del trabajo en labores agrícolas y ganaderas está presente en los primeros años de vida de las mujeres, al tiempo que, también precozmente, asumen tareas destinadas al cuidado de lo doméstico. Ahora bien, lo definido como *cosas de casa*, aquellas necesarias para la reproducción de la familia en su cotidiano, en el mundo rural son mucho más amplias, espacialmente, y diversificadas que en el mundo urbano. Como relata una de las mujeres agricultoras entrevistada:

> *Me despierto temprano, a las cinco de la mañana, me hago un café y voy a cuidar de las gallinas y después voy a la huerta. En*

> *casa siempre hay algo que hacer, la comida, la ropa, las camas, recoger los huevos de las gallinas, cuidar de los cabritos y de los cerdos* (Paraíba Woman 4- PW4, 2020)

La ruralidad tiene, en la esfera reproductiva, sus formas espaciales propias que amplían las demandas del trabajo de cuidados los cuales, como en el mundo urbano, recaen prioritariamente sobre las mujeres. En otras palabras, en el mundo rural se establece una división sexual y espacial del trabajo donde la casa, el hogar, el espacio cercano a la vivienda son fundamentalmente de responsabilidad de las mujeres y niñas de la familia. Las áreas de plantación, los establos, almacenes y entornos más alejados de núcleo residencial, son espacios donde las actividades agropecuarias son de responsabilidad de los hombres y sus hijos varones. Si bien que tareas productivas como el cuidado y la alimentación de animales, la preparación de áreas para el cultivo, su cosecha y recolección y/o el manejo de rebaños y su ordeño son asumidas inter-generacionalmente, el trabajo familiar rural lleva implícito educar/enseñar a los hijos e hijas a ser hombres y mujeres del campo. Sin embargo, no pasa lo mismo cuando se trata de trabajo familiar en el ámbito doméstico. En este espacio, el trabajo sólo asume una dimensión educativa/formativa en el caso de ser las niñas quienes lo ejecutan, instruidas, casi exclusivamente por sus madres u otras mujeres de la familia.

Las mujeres gallegas y paraibanas entrevistadas relatan como, además de participar en las actividades productivas de la explotación familiar durante sus infancia, asumieron también precozmente actividades destinadas a la reproducción familiar, tales como: la preparación de alimentos, la confección y reparación de ropas, la

limpieza del espacio doméstico y/o el cuidado de hermanos y hermanas menores:

> *Nosotros usamos a la agricultura como ellos ,y después llegábamos a casa y elos se sentaban a esperar y las demás hacíamos el trabajo.* (Galician Woman 2-GW2, 2020)

> *Los hombre nacieron y se criaron oyendo que no podían hacer cosas dentro de casa, que eran tareas de mujer* (Paraíba Woman 2- PW2, 2020)

> *Los niños no trabajaban dentro de casa. Yo con 10 años ya mataba gallinas. Nosotras teníamos cada una una tarea a cumplir. Aunque había unas elecciones, a mi gustaba cocinar, hacer tartas, coser, todo eso me lo enseñó mi madre* (Paraíba Woman 1- PW1, 2020)

> *Las mujeres nos ponían a coser o a hacer trabajos de entonces se decían que eran de mujeres. Mi padre cuidaba las vacas por la noche. No las ordeñaba. Ese trabajo era de mi madre, quien me enseñó.* (Galician Woman 1-GW1, 2020)

> *Con mi padre no aprendí tanto en la agricultura. Él sabia pero yo me quedaba con mi madre, cuidando de las cabras. Yo aprendí "na dor" con mi madre, cuando ella se quedó sola. Mi madre sabia hacer medicamentos, sabia cuando plantar, cuando recoger, era una persona determinada. Muy determinada, aprendi mucho, mucho, mucho* (Paraíba Woman 3 - PW3, 2020)

Gran parte del conocimiento sobre trabajos agrícolas transmitido por mujeres campesinas adultas a las más jóvenes se relaciona con el cuidado de los cultivos de `la huerta o con la cria de pequeños animales y aves. La huerta es un espacio diversificado y rico en cultivos de alimentos, tanto en Galicia como en Paraíba y es, prioritariamente, un lugar de trabajo que está al cuidado de las mujeres. Es un espacio de decisiones, conocimientos y actuación femeninos, en ocasiones un ámbito de poder y control de la mujer rural sobre las producción y el trabajo agrícola. En ambos casos estos cultivos se

destinan al autoconsumo familiar y al intercambio con vecinos y parientes, además de usarlos para la alimentación de animales que viven en las explotaciones. La producción de la huerta es también una fuente de renta a través de la comercialización de excedentes en las ferias/mercados libres, en el caso gallego, y en la tienda de distribución de verduras y hortalizas del CASACO, en el caso brasileño:

> *Tengo sembrado lino, trigo sarraceno, brécol, calabacín, guisantes y garbanzos castellanos (…) escojo yo todo, planto todo y cosecho todo. Mi marido no quiere saber nada de la huerta. Yo trabajo sola.* (Galician Woman 2-GW2, 2020)

> *En la huerta planto zanahorias, cilantro, ajetes, patatas. Cuando vendo en el mercado de calle del CASADO, dependiendo de lo que mando para vender, saco unos 100,00 R$. Con ese dinero compro semillas para tener siempre la huerta. Para mi no compro nada* (Paraíba Woman 4- PW4, 2020)

La renta de las familias gallegas y paraibanas, de las mujeres entrevistadas, se divide entre el dinero que reciben por los trabajos remunerados que realizan fuera de las explotaciones, tanto ellas como sus padres y/o maridos; la renta de la comercialización de los cultivos de la explotación familiar, de la venta de la leche en el caso gallego y del ganado caprino en el caso paraibano, y finalmente; lo recaudado con la venta de los productos de las huertas. Las decisiones cómo y dónde invertir el presupuesto familiar es una tarea prioritariamente ejercida por los hombres. Sin embargo, el dinero originado por la venta de los productos de la huerta, em ambos casos, lo gestionan las mujeres.

La vida adulta de estas mujeres rurales también implica un gran número de horas dedicadas a la limpieza, organización y mantenimiento de sus casas. Horas dedicadas al preparo de alimentos, a la alimentación de los hijos, maridos, padres, suegros y otros parientes

cercanos al núcleo familiar. Cuidar de la casa significa también lavar y planchar ropas de toda la familia, ponerlas a secar y recogerlas, coserlas y guardarlas. Lavar los platos, poner las mesas, recogerlas, lo mínimo en tres comidas al dia. Es común que en la casa también vivan otros parientes, generalmente en edad avanzada, que por depender de cuidados especiales son responsabilidad de ellas:

> *Mi marido los finales de semana me ayudaba en casa, porque yo tenia que cuidar a mis padres. Mi padre, se quedó paralítico en la cama, no hablaba, no veía ni oía. Tuve que cuidarlo 15 años así. Después empezó con Alzheimer mi madre. Uo cuidaba a mi padre, a mi madre y a los niños. Él se iba a trabajar fuera de casa (*Galician Woman 2-GW2, 2020)

> *Yo me casé y me quedé con mi padre que se puso enfermo y yo no iba a abandonarlo. Estuve 19 años que casi no dormía y ahora llevo treinta años que tomo una pastilla para poder dormir. (*Galician Woman 1-GW1, 2020)

> *Cuido de mi marido, de las plantas, de la huerta, de los hijos, de los bichos, de los suegros* (Paraíba Woman 2 -PW2, 2020)

- Sociabilidad rural en femenino

Iniciar una relación, casarse y/o constituir una familia son dimensiones de la vida adulta condicionadas también por la ruralidad. Aunque el matrimonio no haya sido la única opción de vida de las mujeres rurales de ambos espacios, es común que sí haya sido mediante este vínculo que constituyeron nuevas famílias. Las mujeres gallegas entrevistadas que se han casado, lo han hecho jóvenes y con un único hombre, por lo general padre de sus hijos. En cambio, las mujeres paraibanas han tenido hijos solas, es decir, no han constituido vínculos duraderos con los progenitores de su descendencia o bien se han separado de ellos. A pesar de esta diferencia es significativo que, tanto en las familias mono como en las biparentales, el tiempo y dedicación

con el cuidado y la educación de los hijos e hijas recaiga, fundamentalmente, sobre las mujeres, madres y hermanas mayores. Esa responsabilidad es asumida por las mujeres y aunque se ha naturalizado la maternidad no deja de ser un desafío para muchas. Como relata una de las mujeres entrevistadas:

> *Yo era tan ingénua! Esa cosa de cultura contra las mujeres es tan fuerte, que cuando me separé, que hasta yo creia que no iba a conseguir dar cuenta del cuidado de mi casa y de mis hijas* (Paraíba Woman 1- PW1, 2020)
>
> *Yo era la última a la hora de comer (*Galician Woman 1-GW1, 2020)
>
> *No tenía tiempo de estar enferma (*Galician Woman 2-GW2, 2020)

En los relatos de las entrevistadas se repite la auto-representación de la mujer-madre como responsable primera y a veces única de su prole. Incluso, en el caso de mujeres que han convivido con padres y/o esposos violentos y se han visto forzadas a salir de las casas familiares, lo han hecho con sus hijos. La obligatoriedad de la educación y el cuidado de los hijos implica abandonar el espacio de convivencia familiar con ellos. La ruralidad condiciona también la decisión y la salida. Abandonar la casa familiar significa dejar sus explotaciones, sus cultivos y huertas, sus animales, es decir toda y cualquier propiedad vinculada al amplio espacio doméstico del rural, además del productivo. El vínculo con la tierra y la dependencia del acceso a esta para su reproducción como agricultoras-ganaderas, las hace más vulnerables. La salida forzada de la propiedad familiar es posible cuando existe una red de apoyo y solidaridad, prioritariamente femenina y urbana, de amigas y parientes que las acogen con sus hijos.

Las mujeres rurales han naturalizado y refuerzan roles de género que establecen deberes innatos para ellas, como son el cuidado y educación de los hijos o la permanencia en relaciones abusivas y/o violentas. La representación de la mujer rural como obediente y suficientemente fuerte para vivir en el campo, a pesar de ser en ocasiones un límite para su pleno desarrollo, se convierte en una virtud. Ese es el efecto perverso de la naturalización de la desigualdad e injusticia de género. Mujeres que han sufrido diferentes formas de violencias y que la reproducen, creando así una espiral de violencia difícil de romper y fácil de silenciar en el medio rural. Como relatan algunas de las mujeres entrevistadas:

> *La figura masculina es muy importante para mi madre, en el momento de mi separación mi marido fue para ella más importante que la yo. No fue ella que me expulsó de casa pero ella intentó obligarme a vivir con aquel hombre que yo no quería más* (Paraíba Woman 1- PW1, 2020)

> *Un dia estaba con tanto estrés con la violencia psicológica que sufría que hablé con el cura de mi parroquia. Él me preguntó si yo no era capaz de cambiar todo eso* (Galician Woman 3-GW2, 2020)

Relacionada al desarrollo de lazos afectivos no abusivos fuera de la familia, como los noviazgos, o la práctica de relaciones sexuales seguras y satisfactorias, así como con el cuidado del cuerpo está la educación sexual y salud reproductiva de las mujeres. En las áreas rurales la ausencia de esta formación no es un fenómeno exclusivo de espacios como el gallego o el paraibano. Esta carencia define también al rural y cómo los hombres y mujeres que viven y trabajan en él han sido tratados por los poderes públicos históricamente. La discriminación territorial de nuevo incide de forma más problemática sobre las mujeres, ya que son sus propios cuerpos que sufren las

consecuencias de embarazos no deseados o problemas relacionados con la gestación, el parto y los primeros meses de vida de sus hijos. Además, de ser sus propios cuerpos los grandes olvidados de una vida sexual satisfactoria.

Las entrevistas realizadas muestran que la educación sexual y reproductiva femenina, tanto en el espacio rural gallego como paraibano, ha sido para las mujeres un ejercicio de autoconocimiento en solitario. Un tema tabú dentro y fuera de la familia. En el caso brasileiro, existen cambios sustanciales y muchas de esas madres desinformadas hoy se preocupan con la formación en temas sexuales de sus hijas, algo que no se constata en el caso gallego. Así relatan las mujeres entrevistadas la educación sexual y reproductiva recibida o la ausencia de ella:

> *Para nada, como se nacera cega nese tipo, nada, nin da menstruación, nin pa nada. Téde-lo que aprender ti misma* (Galician Woman 1-GW1, 2020)

> *Yo aprendi a cuidarme sola. Yo descubrí como cuidarme cuando llego mi primera menstruación sola. Antes no se hablaba de eso. Yo me acuerdo que cuando yo tenía sobre 14 años y se juntaban mi madre y otras mujeres en casa, cuando se hablaban asuntos de mujeres yo tenia que salir* (Paraíba Woman 2- PW2, 2020)

> *Yo le expliqué a mi hija como iba a ser, le dije que no tuviese miedo que iba a ser normal. Le dije que eso le pasaba a todas las mujeres* (Paraíba Woman 4- PW4, 2020)

- La construcción del feminino rural

Cuando les preguntamos a las mujeres agricultoras gallegas y paraibanas sobre su feminidad y como esta había sido forjada en el transcurso de sus vidas, nuestro objetivo fue el de identificar valores y representaciones de género que configuran el imaginario social de este

colectivo. También, indagamos cómo normas comportamentales han estado presentes en la construcción simbólica de lo que es ser una mujer "labrega" y/o "camponesa" a lo largo del tiempo, en los dos espacios rurales estudiados.

La permanencia de estereotipos de género, que vinculan a la mujer con el espacio privado y al hombre como proveedor responsable por la familia, conviven con la desigual representación de la libertad sexual para ambos géneros. El cuerpo de la mujer es considerado como un objeto de deseo sexual y de posesión masculina, por lo que debe ser invisibilizado. Mientras, el deseo y la libertad sexual masculina se acepta socialmente, como expresan las mujeres entrevistadas:

> *Aquela mulher que se encarga de su casa, los hijos, la limpieza, la comida, las cosas personales del marido. Esa mujer que está dentro de casa es la mujer ideal par el hombre rural. Es económica, que no necesita cuidarse, sólo estar allí. No necesita incentivarla a estar bonita, así no se corra el riesgo de que nadie se interesa por ella* (Paraíba Woman 4- PW4, 2020)

> *Un buen hombre es alguien que trabaja, que asume los gastos familiares, que es reconocido por la comunidad como progenitor, que puede incluso traicionar a sua mujer pero él no deja que la sociedad lo vea: ese es un buen hombre* (Galician Woman 1-GW1, 2020)

La feminidad y sus representaciones han estado polarizadas entre la concepción de la mujer fuerte y trabajadora en un extremo y la mujer abnegada y obediente en el otro. No obstante, la desvalorización de lo femenino, como subalterno, ha estado presente durante gran parte de sus vidas como reflejan, de diferentes formas, las respuestas de las mujeres entrevistadas:

> *Toda la vida tuve la ilusión de ser hombre. Porque me gusta el trabajo de los hombres, me gustaría hacer casas, me gusta la carpintería. Son cosas de ellos. En mis tiempos una mujer hacer eso estaba muy mal visto* (Galician Woman 1-GW1, 2020)

> *Muchas veces él llegaba el sábado y yo tenia que plánchele la ropa, ponerlo bonito para que se fuese de paseo a los bares, con los amigos. Yo me quedaba en casa, nunca me decía ven conmigo, de eso nada!* (Paraíba Woman 1- PW1, 2020)

> *Ver a un hombre en la cocina me parece cosa de perezosos, decía mi padre* (Paraíba Woman 2- PW2, 2020)

> *Mi madre pensaba más en los demás que en ella misma, Siempre intentaba ahorrar un poco de dinero de lo que fuese para poder comprar lo que nos hiciera falta. Se quedaba ella sin nada para dárnoslo a nosotros* (Galician Woman 4-GW4, 2020)

Al mismo tiempo, que la desvalorización de lo femenino ha construido sus representaciones de género, en el caso gallego, la subalternidad del mundo rural frente al urbano ha condicionado su auto-representación como mujeres rurales durante gran parte de su vida. Para las mujeres rurales gallegas entrevistadas, la distancia jerárquica entre las mujeres urbanas y ellas es una forma de menospreciar su identidad territorial y de género:

> *La diferencia entre ellas y nosotras es mucha. Parece que nosotras no seamos ni mujeres* (Galician Woman 1-GW1, 2020)

> *La mujeres urbana está pensando en ponerse bonita, tomar un café…las que vivimos en el campo no somos así. Me siento un poco incómoda con la gente de la ciudad porque nos tratan como si fuésemos tontas las del rural, como si vivir en la aldea te hiciese ser tonta. Nos dejan para atrás* (Galician Woman 2-GW2, 2020)

> *Me llevaron para la ciudad de niña. Con mi madrina. Para no ser tan aldeana. Ella me enseñó a coser y me dio un oficio* (Paraíba Woman 4- PW4, 2020)

Paradójicamente, en un contexto de dominación cultural masculino, las mujeres entrevistadas reconocen referencias vitales femeninas en sus vidas. La imagen de otras mujeres cercanas, como madres, hermanas o incluso mujeres agricultoras de la comunidad, es recurrente cuando les preguntamos con quién han aprendido más en sus vidas:

> *Con quien más aprendi sobre agroecologia en mi vida fue con las mujeres que trabajan en ASA-Paraíba* (Paraíba Woman 1-PW1, 2020)

> *Mis hermanas son mis referencias de esfuerzo y dedicación. Mi madre, a pesar de sus limitaciones. Mi vecina, que es una mujer religiosa y a la que respeto mucho y nos cuidamos. Yo no puedo dejar de decir que he aprendido mucho con mis hijas* (Paraíba Woman 2- PW2, 2020)

> *No sabría decir con quién he aprendido más en mi vida. Con mi madre las primeras cosas, después tuve que buscar yo la vida* (Galician Woman 4-GW4, 2020)

El reconocimiento del papel que han jugado otras mujeres rurales en su vida, hace con que determinadas dimensiones del femenino rural se reconozcan como valores positivos en sus vidas. Ser mujer rural es tener conciencia de una identidad territorial que les permite reconocerse como portadoras de conocimientos y prácticas sobre la tierra y sus cuidados, sobre los animales y su explotación, sobre el trabajo que las define:

> *Ellas [las mujeres urbanas] vienen a la aldea y no saben donde pisan (*Paraíba Woman 1 -*PW1, 2020)*

> *El campo tiene de todo. Tiene huerta, tiene para comer sano (…) Ha cambiado mucho pero tiene que seguir cambiando mucho* (Galician Woman 1-GW1, 2020)

> *Por ser del rural, por andar con las vacas, por trabajar en la huerta, salgo de casa limpia, yo me lavo y llevo en el bolsillo lo que quizás otras no tienen. Basta ya de que se rían de las*

> *personas que vivimos en el campo, verdad?* (Paraíba Woman 2-PW2, 2020)

> *Las niñas que viven en el campo, cualquiera de ellas sabe hacer un café….ahora las de la ciudad, a ver quién sabe? En eso estamos más adelantadas que en la ciudad, somos más de otra manera* (Galician Woman 3-GW3, 2020)

Aunque la vida en el campo les ha permitido adquirir una identidad de género que las diferencia positivamente, las marcas de la violencia contra las mujeres rurales también están presentes en sus historias de vida. La expresión de esa violencia es asociada, por la mayoría de las mujeres entrevistadas, con la utilización frecuente de un lenguaje excluyente y peyorativo por parte de los hombres de la familia y/o comunidad contra ellas. Esa es la principal manifestación de violencia en su cotidianidad. Así lo expresan algunas de las entrevistadas:

> *Muchas mujeres tenemos miedo de hacer cosas. Tenemos miedo de hacerlo mal, de estropear las cosas. Porque nos han dicho muchas veces que no valemos para eso. Que no son cosas de mujeres, que no sabemos hacerlas* (Paraíba Woman 2-PW2, 2020)

> *Siempre he convivido con gritos y malas palabras en el trabajo. Yo iba con ellos y se ponían que daban miedo, nos llamaban de todo. Siempre se discutia y se escuchan gritos* (Galician Woman 3-GW3, 2020)

Para las mujeres gallegas entrevistadas, la violencia física es más difícil de enunciar. Aunque todas ellas se mostraron conscientes de su existencia en la vida de otras mujeres: amigas, vecinas o compañeras de la huerta. Para las mujeres paraibanas, el colectivo de agricultoras que han constituido es también un espacio de intercambio y solidaridad femenina delante de las agresiones de género que sufren. Por ello experiencias de violencia física y sexual contra ellas se denuncian y

dividen con mayor facilidad. La sororidad les ha permitido construir puentes para el enfrentamiento de la violencia contra la mujer en el campo. Una de las implicaciones, de los intercambios en las redes de mujeres que se han constituido en ambos espacios, ha sido el aumento del autocuidado de estas agricultoras ya en su vida adulta. Se trata de prácticas que protegen a estas mujeres de las ofensas patriarcales y de la discriminación urbana contra las que, durante sus vidas, han tenido que existir y resistir como mujeres, trabajadoras, madres e hijas del campo:

> *Mi primer cuidado es con la alimentación, no me gusta la mala comida. No me gusta una vida de discusión, aunque algunas son necesarias en la vida, a mí no me gusta. A mí me gusta la armonia, especialmente en mi casa. Tengo mi casa con un lugar de paz y sosiego, eso hace parte de mi cuidado* (Paraíba Woman 1- PW1, 2020)
>
> *Lo más grande que tenemos aqui es el amor que temos unas por otras. Yo rezo, curo, abrazo a todas mis amigas de la huerta y del CASACO* (Paraíba Woman 3- PW3, 2020)
>
> *Me gusta vestir bien, oler bien, usar un zapato bonito. Mi compañero no se mete en eso* (Galician Woman 1-GW1, 2020)
>
> *Hoy me digo: me tengo a mi! Me empecé a valorar y ahora soy yo. Me digo a mi misma, te quiero. Me valoro, no me importa más que los demás no lo hagan* (Galician Woman 2-GW2, 2020)

Los cambios generacionales que han favorecido el desarrollo de prácticas de resistencia contra la violencia patriarcal y la discriminación territorial, no sólo se refieren al proceso de auto-afirmación a través del cuidado femenino. Sino también, a conquistas concretas en el día a día en relación al grado de autonomía y gestión que estas mujeres han adquirido sobre sus propias vidas:

> *La posibilidad de las mujeres salir de casa para trabajar es un paso muy importante para las mujeres. Aunque los sueldos no*

> *sean equiparados el hecho de salir de casa y tener relación con otras personas es fundamental* (Paraíba Woman 1- PW1, 2020)

> *Otra cuestión es el propio dinero. Cuando accedes a dinero propio y sabes que al dia siguiente vas a tenerlo nuevamente eso es liberador* (Galician Woman 1-GW1, 2020)

> *Yo veo dentro del ciclo de vida de las mujeres rurales y que está cambiando es el hecho de que la mujer agricultora ya no tiene que ser fea, sin dientes, desaliñada, descuidada* (Paraíba Woman 3- PW3, 2020)

> *Lo que está cambiando es el control de la maternidad, ya no se ve tantas mujeres con gran cantidad de hijos. Muchos cambios sociales en la vida pública, pero dentro de casa acabamos reproduciendo lo que combatimos, con los hijos y las hijas. Es muy difícil* (Paraíba Woman 2- PW2, 2020)

> *Yo tengo todo lo que mi madre no tuvo. Lo tengo todo a mano para hacer lo que quiera en la huerta, en casa y fuera. Tengo una máquina de lavar ropa, tengo agua en el grifo, tengo de todo. Ella no lo tenia* (Galician Woman 2-GW2, 2020)

Discusión y consideraciones finales

El estudio realizado con los grupos de mujeres agricultoras y ganaderas de San Sadurniño (SP) y del Cariri (BR) mostró cómo estereotipos sexistas -naturalizados por la violencia patriarcal sobre las mujeres- y la imposición cultural de lo urbano -como único modelo de progreso pleno- continúan determinado las representaciones sociales de género y del propio espacio rural. Con ello, la vida de las mujeres y el desarrollo de estos espacios. Las políticas públicas a través de la constante marginación de los espacios rurales han favorecido la violencia institucional. El asalto al campo del que habla Kasavob (2020) se ha acelerado con el neoliberalismo y ha acrecentado las

desigualdades, evidenciando también la importancia del espacio a la que se referían, entre otros, Shucksmith (2012). Aunque también advertimos en nuestra investigación la importancia del apoyo de los poderes locales, del que emana de los propios espacios rurales.

En los casos gallego y paraibano, la doble discriminación que enfrentan las mujeres rurales está relacionada, por un lado, al hecho de ser agricultoras-ganaderas y campesinas en sociedades industrializadas y urbanas; por otro, el ser mujeres en sociedades patriarcales-sexistas. La dominación cultural de lo urbano gesta representaciones sociales que asocian a las mujeres rurales con el atraso, la falta de formación y cultura, con la ausencia de feminidad, con el conservadurismo de las tradiciones y la moral retrógrada. La dominación cultural que el patriarcado impone sobre la mujer implica estar condicionadas por relaciones familiares, sociales e institucionales desiguales y jerárquicas, donde la opresión femenina es naturalizada.

Nuestro análisis retoma la perspectiva bourdeliana de la violencia simbólica, como instrumento/categoría para el estudio de las relaciones socio-espaciales rural-urbano y las relaciones sociales de género. El concepto bourdeliano nos permitió identificar sumisiones que ni siquiera se perciben como tales. Desigualdades que se apoyan en unas determinadas expectativas colectivas, en unas creencias socialmente infundadas que interpretan relaciones de dominación y sumisión, en otras afectivas. La violencia, física o económica y la simbólica, más refinada, coexisten sin contradicciones. Esta última, la simbólica, resulta ser un poder legitimador que suscita el consenso tanto de los dominadores como de los dominados; un "poder de hacer mundo" en cuanto supone la capacidad de imponer una "visión legítima del mundo social y sus divisiones" (BOURDIEAU, 1987, p.13).

La dominación simbólica se basa en el desconocimiento y el reconocimiento de los principios en nombre de los cuales se ejerce. Ese dominio se ejerce sin coacción física a través de las diferentes formas simbólicas que configuran las mentes y dan sentido a la acción. La raíz de la violencia simbólica se halla en el hecho de que los dominados se piensen a sí mismos con las categorías de los dominantes. De acuerdo con esta argumentación, que las mujeres rurales de los espacios analizados en este estudio, San Sadurniño (SP) y Cariri (BR), acepten un conjunto de presupuestos fundamentales de discriminación, implícitos en la práctica, hace que ellas actúen como si el universo social, de la desigualdad de género y de la discriminación del mundo rural, fuese algo natural, ya que las estructuras cognitivas que aplican para interpretar el mundo nacen de las mismas estructuras de este mundo.

Estaríamos delante de lo que Galtung (1990) definiría como violencia cultural que, en nuestro caso, se ejerce, también, a través de acciones concretas que, en la vida cotidiana de las mujeres entrevistadas, pasan desapercibidas pero que sirven para legitimar otras violencias. En el estudio, los dos grupos de mujeres rurales presentaron marcas de estas violencias en las representaciones que tienen sobre la feminidad rural y la ruralidad. Se trata de formas de sumisión, territoriales y de género, que ni siquiera se perciben como tales, tal como señalaba Moi (1991). En consecuencia, incorporan desde niñas prácticas y estrategias en su cotidiano que refuerzan el dominio patriarcal y urbano. Observamos que este proceso sucede especialmente durante las primeras fases de su vida, infancia y adolescencia, además de los años iniciales de la vida adulta.

El estudio evidencia también la permanencia de roles sexistas de control sobre la vida, productiva y reproductiva, de las mujeres adultas en áreas rurales de Galicia (ES) y Paraíba (BR) en pleno siglo XXI. Estos resultados refuerzan la idea de la existencia de asimetrías de género en la toma de decisiones y gestión de los recursos/rentas originados en las explotaciones agrícolas-ganaderas familiares; la permanencia del control de la movilidad de las mujeres en el espacio rural o la desigual división sexual del trabajo, dentro de las familias agricultoras-ganaderas, en las comunidades rurales y en las explotaciones. Por lo tanto, hablamos de una violencia duradera en el tiempo (MOUKARBEL, 2009).

Una de las aportaciones de la investigación es la constatación de que el efecto inmediato del ejercicio cotidiano de la violencia simbólica sobre las mujeres rurales tiene impactos directos sobre la ausencia de la igualdad formal de género en estos espacios. La dominación simbólica presente en la vida cotidiana de las mujeres rurales es base de sustentación y legitimación de otras formas de violencia de orden estructural, como es la violencia económica, institucional o patrimonial. En definitiva, las representaciones de las mujeres rurales sobre el rural y la feminidad, en contextos de violencia simbólica, sutil o explícita como son los presentados en las dos áreas estudiadas, contribuyen de forma significativa para: a) moldear las subjetividades en el propio espacio rural, sobre lo femenino y la ruralidad y; b) legitimar las diferentes expresiones de la violencia hacia la mujer y hacia el rural, en distinto ámbitos. De lo que se deriva otro de los resultados de esta investigación: la evidencia de una relación causal entre la brecha *(gap)* de género en el campo y la discriminación del

espacio rural. Las asimetrías de género refuerzan el imaginario social que asocia el espacio rural con el atraso.

Las fases iniciales de las vidas de las mujeres entrevistadas representan el momento y consolidación de su dominación simbólica. Este proceso, en términos bourdelianos, se basa en el desconocimiento y reconocimiento de los principios en nombre de cuales se ejerce. El hombre rural, en este caso, posee la legitimidad, el prestigio y la autoridad para determinar lo qué hacer dentro y fuera del hogar. La mujer rural al no cuestionar la autoridad patriarcal y crear otras formas de resistencia silenciosas, permite que la participación en tareas propias del cuidado y la reproducción familiar sean asumidas únicamente por ellas y que su trabajo en las explotaciones sea considerado secundario, legitimando así el control masculino y sometiéndose él. Es el inicio del proceso de adaptación a la subalternidad impuesta que les permite continuar siendo niñas y mujeres en el espacio rural. Naturalizar ese proceso es perpetuar la sumisión.

Pero, los resultados de este estudio muestran que no se trata apenas de una sumisión pasiva. Adaptarse significa construir sutilmente resistencias cotidianas, individualizadas y colectivas, a la expropiación plena de su identidad rural y femenina. No enfrentarse abiertamente al patriarcado a pesar de ser conscientes de su situación de opresión significa conservar la armonía sobre la que se organizan sus valores tradicionales (BRANDTH; HAUGEN, 1997)

De acuerdo con Young (2000), la perpetuación de la opresión sobre colectivos específicos, como es el caso de las mujeres rurales, se expresa de diferentes formas. Entre ellas, en esta investigación constatamos: a) el mantenimiento de la desigualdad de género en el

acceso a derechos educativos, reproductivos, de renta y patrimonio; b) la desvalorización de la identidad femenina rural, a partir de la descalificación de atributos propios de las mujeres y del mundo rural; c) el control sobre el cuerpo, las decisiones y la libertad de las mujeres y; d) la marginación la mujer rural delante de la urbana y del hombre rural, así como su invisibilización en los diferentes espacios de la sociedad rural, sea en la familia, la comunidad o los locales de trabajo. San Sadurniño y el Cariri, pueden ser espacios representativos de lo que ocurre en otras áreas de agricultura familiar en el mundo. La violencia simbólica contra las mujeres y contra el espacio rural hace que "*ruralizar* lo femenino" o "feminizar el rural" sean, inicialmente, procesos de desprestigio y precarización de las relaciones sociales que los determinan.

Para finalizar, la investigación nos ha hecho dar un paso hacia delante y apuntar para la reflexión la potencia transformadora de la resiliencia femenina en el campo, su resistencia y sus desafíos. Es necesario pensar e identificar prácticas de lo que definimos en este estudio como sumisión activa, aun corriendo el riesgo de ser mal interpretadas política y académicamente. Esta contra-sumisión en San Sadurniño y el Cariri se evidencia en las prácticas cotidianas de los grupos de mujeres entrevistadas que, aunque son permanentes a lo largo de sus experiencias vitales como mujeres rurales, se acentúan en su vida adulta. El dominio de las tareas agrícolas y ganaderas; la preservación del conocimiento popular sobre el medio natural; el manejo del agua y la naturaleza; el cuidado de la vida, de las familias y de la comunidad y; la solidaridad e intercambio de saberes entre las mujeres, generación a generación, son las *cosas de mujeres* que construyen su identidad y la propia ruralidad.

Este estudio, constata que de la misma manera que prácticas de dominación simbólica están presentes y condicionan las vidas de las mujeres rurales en San Sadurniño y el Cariri, la re-existencia cotidiana femenina contesta tal dominación y modifica el poder simbólico que la sustenta. Permanecer en el campo y mantener la identidad femenina es posible gracias a un conjunto de acciones concretas, con dimensiones simbólicas, que niegan la dominación urbano-patriarcal y que re-significan el rural y lo femenino. La participación en grupos de mujeres, sean estos productivos, como sucede en el caso de las mujeres agricultoras y agroecológicas del Cariri o grupos enfocados al desarrollo social, como es el acceso a tecnologías digitales, en el caso de San Sadurniño, son estrategias de resistencia frente a la violencia simbólica de género y territorial. Estos mecanismos de inclusión abren posibilidades para el progreso en niveles de igualdad de género y territorial cada vez más efectivos en el campo. El estudio nos permite afirmar que, desconsiderar los impactos de la dominación simbólica sobre las mujeres y los espacios rurales difícilmente permitirá que metas, cada vez más amplias, de justicia de género y justicia territorial sean conquistadas.

Referencias bibliográficas

AHMED, S. *I am my own person, women's agency inside and outside the home in rural Pakistan*. In: *Gender, Place & Culture.* 2019

BRANDTH, B; M.S. HAUGEN. *Rural women, feminism and the politics of identity.* In: *Sociologia Ruralis*. vol.3. n 3, p.325-344, 1997

BOURDIEU, P. *Sur le pouvoir symbolique.* In: *Annales Economies, sociétés, civilisations.*, vol. 32, n 3.p. 405-411, 1977

BOURDIEU, P. *Le sens pratique*. Paris: Les Editions de Minuit, 1980

BOURDIEU, P. *What Makes a Social Class? On the theoretical and practical existence of grous.* In:*Berkeley Journal of Sociology*, vol. 32, n 1, p1-11, 1998

BURAWOY, M. *Durable Domination: Gramsci Meets Bourdieu. Unpublished seminar paper.* Wisconsin: University of Wisconsin, 2012

CLOKE, P. Conceptualizing rurality. In P. Cloke, T. Marsden, and P.H. Mooney (Eds.) *Handbook of Rural Studies,* London: Sage, p. 18-28, 2006

CORDEIRO, R; SCOTT, P. *Mulheres em áreas rurais nas regiões Norte e Nordeste do Brasil.* In: *Revista Estudos Feministas*, vol.15, n 2, p.419-424, 2007

CONWAY, S.F; J. MCDONAGH, M; FARRELL; KINSELLA A. *Uncovering obstacles: The exercise of symbolic power in the complex arena of intergenerational family farm transfer.* In:*Journal of Rural Studies,* vol.54, p. 60-75, 2017

EUROPEAN COMMISSION. *Poverty and social exclusion in rural areas. Report available at Google Scholar*, 2017

FERREIRA, A.P; MATOS, L.C. *Convergências e divergências entre feminismo e agroecologia. In: Revista Ciência e Cultura*, vol. 69, n 2, p.38-4, 2017

GALTUNG, J. *Cultural violence.* In: *Journal of Peace Research,* vol 27, n 3, p. 291-305, 1990

JUSKA; POVILIUNAS; POZZUTO. *Resisting Marginalisation: The Rise of the Rural Community Movement in Lithuania.* In: *Sociologia Ruralis,* vol 45, n 1-2, p.3-21, 2017

KASABOV, E. *Ignored, silenced, caricatured, ridiculed, patronised, and hijacked: What next for a post-populist, post-Gilded-Age countryside?* In: *Journal of Rural Studies,* vol.75, n 1, p.43-151, 2020

LITTLE, J. Gender and sexuality in rural communities. In P. Cloke, T. Marsden, and P.H. Mooney (Eds.) *Handbook of Rural Studies***,** London: Sage, p. 365-378, 2006

LITTLE, J. The development of feminist perspectives in rural gender studies. In B. PINI, B; BRANDTH; LITTLE. (Eds.) *Feminisms and Ruralities,* ed., Lanham: Lexington Books, p. 107-118, 2015

LITTLE, J. *Understanding domestic violence in rural spaces: A research agenda.* In: *Progress in Human Geography*, vol 41, n 4, p. 472-488, 2017

MARTÍNEZ GARCÍA, M.A; CAMARERO, L. A. *La reproducción de la Violencia de Género: una lectura desde las áreas rurales.* In: *Ager. Revista de Estudios sobre Despoblación y Desarrollo Rural*, vol.19, p.1-30, 2015

McCALL, L. *Does gender fit? Bourdieu, Feminism and Conceptions of Social Order.* In: *Theory and Society* , vol. 21, n 6, p. 837-867, 1992

McLEOD, J. *Feminists re-reading Bourdieu: Old debates and new questions about gender habitus and gender changes.* In: *Theory and Research in Education,* vol.2. n 1, p. 11-30, 2005

MIES, M. *Patriarcado & acumulação em escala mundial: mulheres na divisão internacional do trabalho.* São Paulo; Ema Livros e Edidorta TIMO, 2020

MOI, T. *Appropriating Bourdieu: Feminist Theory and Pierre Bourdieu's Sociology of Culture.* In: *New Literary History,* vol 22, p.107-1049, 1991

MOUKARBEL, N. *Sri Lankan housemaids in Lebanon. A case of 'symbolic violence' and 'everyday forms of resistence'.* Amsterdam. Amsterdam University Press, 2009

PINI, B; BRANDTH; LITTLE. (Eds.) *Feminisms and Ruralities,* ed., Lanham: Lexington Books, p. 1-12, 2015

SAUGERES, L. *The cultural representation of the farming landscape: masculinity, power and nature*. In*: Journal of Rural Studies,* vol 18, p. 373-384, 2002

SEID, G. *Procedimientos para el análisis cualitativo de entrevistas. Una propuesta didáctica.* In: *Proceedings of the V Encuentro Latinoamericano de Metodología de las Ciencias Sociales***,** Mendoza (Argentina). 2016. Disponível em: http://www.memoria.fahce.unlp.edu.ar/trab_eventos/ev.8585/ev.8585.pdf

SHUCKSMITH, M. Class*, Power and Inequality in Rural Areas: Beyond Social Exclusion? In: Sociologia Ruralis,* vol 52, n 4. P. 377-397, 2012

SHORTALL, S, A: McKee; SUTHERLAND. *The Performance of Occupational Closure. The Case of Agriculture and Gender*. In: *Sociologia Ruralis*, vol 60, n 1, p. 40-57, 2019

SWARTZ, D.L. *Symbolic power, politics and intellectuals. The political sociology of Pierre Bourdieu. Chicago:* The University of Chicago Press, 2013

SILIPRANDI, E. *Mulheres e agroecologia: transformando o campo, as florestas e as pessoas.* Rio de Janeiro: UFRJ Press, 2015

YOUNG, I. *Justice and the politics of difference***.** Princeton, New Jersey: Princeton University Press, 1990

Submetido em: 30 de maio de 2022.
Devolvido para revisão em: 25 de agosto de 2022.
Aprovado em: 13 de setembro de 2022.

Como citar este artigo:

FRANCO-GARCIA, M. Espacios rurales y representaciones de gênero: las bases materiales de la violencia simbólica contra las mujeres rurales gallegas (España) y nordestinas (Brasil). Terra Livre, [S. l.], v. 2, n. 57, p. 279–326, [2021]. Disponível em: https://publicacoes.agb.org.br/index.php/terralivre/article/view/2342.